

Prefacio a la traducción rusa de *Más allá del principio de placer**

Lev Semyonovich Vygotsky
Alexander Romanovich Luria

I

Es probable que Freud sea una de las mentes más intrépidas de nuestro siglo. Esta virtud siempre se ha considerado como la del hombre práctico, más que la del científico y el pensador. Hace falta valor para actuar, pero hace falta aún más intrepidez para pensar. Hay tantas mentes indecisas, pensamientos tímidos, hipótesis vacilantes en la ciencia que empieza a parecer que la cautela y seguir los pasos de otros se convierten en atributos casi obligatorios del conocimiento académico oficial.

S. Freud fue, a su vez, un revolucionario. La oposición que el psicoanálisis suscitó en los círculos científicos oficiales es una prueba irrefutable de que transgredió audazmente la tradición secular de la moral y la ciencia burguesas y sobrepasó los límites de lo permitido. El nuevo pensamiento científico y sus creadores tuvieron que soportar años de reclusión silenciosa; la más activa hostilidad y abierta resistencia se alzó contra la nueva doctrina en amplias franjas de la sociedad. El propio Freud dice que “pertenece al tipo de personas que, según Hebbel, han perturbado la paz del mundo”. Y así fue en la realidad.

El alboroto por la nueva doctrina se fue calmando. Hoy en día, cualquier obra nueva de psicoanálisis no tiene una acogida tan hostil. El reconocimiento mundial ha sustituido en parte, si no totalmente, al previo hostigamiento, y en torno a la nueva enseñanza se ha creado una atmósfera de intenso interés, profunda atención y curiosidad, que ni siquiera sus principales enemigos pueden rechazar. Hace tiempo que el psicoanálisis ha dejado de ser sólo uno de los métodos de la psicoterapia, para extenderse a una serie de temas primordiales de la psicología general y la biología, la historia cultural y todas las denominadas "ciencias del espíritu".

En Rusia, en particular, el freudismo goza de una atención excepcional no sólo en los círculos académicos, sino también entre el público en general. Recientemente se han traducido y publicado casi todas las obras de Freud al ruso. Ante nuestros ojos, en Rusia está comenzando a formarse una nueva y original tendencia en el psicoanálisis, que intenta sintetizar el freudismo y el marxismo con la enseñanza de los reflejos condicionados y desarrollar un sistema de "freudismo reflexológico" en el espíritu del materialismo dialéctico. Esta traducción de Freud al lenguaje de Pavlov, intento de descifrar objetivamente la oscura “psicología profunda”, es un testimonio vivo de la gran vitalidad de esta doctrina y de sus inagotables posibilidades científicas.

Con este reconocimiento no sólo no pasó el “tiempo heroico” para Freud, sino que se necesitó mucho más coraje e incluso más heroísmo que antes. En aquel momento se quedó solo en su “Splendid isolation” [“espléndido aislamiento”] y se instaló “como Robinson en una isla desierta”. Ahora han surgido nuevos y graves peligros: la tergiversación de los propios fundamentos de la nueva teoría, la adaptación de la verdad científica a las necesidades

* Vygotsky, L. S. & Luria, A. (1990). Предисловие к русскому переводу работы "По ту сторону принципа удовольствия" [Prefacio a la traducción rusa de "Más allá del principio de placer"]. En Freud, S. Психология бессознательного. Сборник произведений [La psicología del inconsciente. Compendio de obras] (pp 29-38). Moscú: Prosveshénie. (Obra publicada originalmente en 1925). Traducción: Hernán Scholten.

y gustos de una cosmovisión burguesa. En resumen, antes el peligro venía de los enemigos, ahora viene de los amigos. De hecho, varios líderes destacados, que “se sintieron incómodos con el submundo del psicoanálisis”, se retiraron de él.

Esta lucha interna requería un esfuerzo mucho mayor que la lucha contra sus enemigos. La principal peculiaridad de Freud reside en el hecho de que tiene el valor de llevar cada pensamiento hasta su conclusión, de llevar cada posición hasta sus conclusiones finales y extremas. En esta difícil y terrible empresa no siempre tuvo un compañero, y muchos lo dejaron inmediatamente después del punto de partida y se apartaron. Este maximalismo del pensamiento fue la razón por la que, en el apogeo del interés científico por el psicoanálisis, Freud permaneció esencialmente solo como pensador.

El libro *Jenseits des Lustprinzips* [*Más allá del principio de placer*] (1920), que se ofrece en esta traducción, es una de esas obras solitarias de Freud. Incluso los psicoanalistas ortodoxos encuentran a veces la posibilidad de soslayar silenciosamente esta obra; en cuanto a un abanico más externo de lectores, aquí se enfrenta, tanto en el extranjero como en Rusia, un verdadero prejuicio, que debe ser aclarado y disipado.

El libro extrae conclusiones tan asombrosas e inesperadas que, a primera vista, se contradicen con todo lo que hemos llegado a considerar como una verdad científica inamovible. Más que eso: contradice proposiciones básicas que el propio Freud planteó en su momento. Aquí Freud desafía no sólo la opinión general, sino que cuestiona la afirmación que subyace a todas las explicaciones psicoanalíticas del propio autor. La intrepidez del pensamiento alcanza un punto álgido en este libro.

Estamos acostumbrados a considerar el principio de autoconservación de un organismo vivo y el principio de su adaptación a las condiciones del medio en el que tiene que vivir como los principios explicativos básicos de todas las ciencias biológicas. El impulso de preservar la vida propia y la de la especie y el esfuerzo por adaptarse al entorno de la forma más completa e indolora posible son las principales fuerzas motrices de todo desarrollo orgánico. En pleno acuerdo con estas premisas de la biología tradicional, Freud planteó en su momento la existencia de dos principios de la actividad psíquica. Freud llamó principio de placer a la tendencia superior a la que están sometidos los procesos psíquicos. Sin embargo, el afán de placer y la aversión al displacer no guían la vida mental de forma indivisible ni exclusiva. La necesidad de adaptación exige una consideración precisa del mundo exterior; introduce un nuevo principio de actividad psíquica, el principio de realidad, que a veces dicta el rechazo del placer en favor de placeres “más fiables, aunque diferidos”. Todo esto es extremadamente elemental, alfabético y parece una verdad evidente.

Sin embargo, los hechos extraídos por la investigación psicoanalítica empujan al pensamiento a ir más allá de los estrechos límites de esta verdad evidente. Este libro es el resultado del intento del pensamiento por romper con esta verdad más allá del principio del placer. Más primario que este principio, según Freud, debe considerarse, paradójicamente, el principio de la pulsión de muerte, que es el principio básico, original y universal de la vida orgánica. Hay que distinguir dos tipos de pulsiones. Una, como más accesible a la observación, ha sido estudiada desde hace tiempo, es el eros en sentido amplio, la pulsión sexual, que incluye no sólo la pulsión sexual en toda su diversidad, sino también todo el instinto de conservación; es la pulsión de vida. Otro tipo de pulsión, de la que el sadismo debe considerarse un ejemplo típico, puede designarse como pulsión de muerte. La tarea de esta pulsión, como dice Freud en otro libro, es “devolver todos los organismos vivos al estado inanimado”, es decir, su objetivo es “restaurar el estado que fue interrumpido por la

emergencia de la vida”, devolver la vida a la existencia inorgánica de la materia. Al mismo tiempo, todas las tendencias positivas de conservación de la vida, como el deseo de autoconservación, etc., son vistas como pulsiones particulares, que tienen el propósito de proporcionar al organismo su propio camino hacia la muerte y eliminar todas las posibilidades extrañas a su retorno a la condición inorgánica. Toda la vida se revela aquí como un esfuerzo por restablecer el equilibrio perturbado de la energía vital, como caminos indirectos (*Umwege*) hacia la muerte, como una lucha incesante y un compromiso de dos impulsos irreconciliables y opuestos.

Esta construcción plantea una resistencia natural contra sí misma por dos motivos. En primer lugar, el propio Freud señala la diferencia entre esta obra y sus otras construcciones. Eran traducciones directas y precisas de observaciones empíricas al lenguaje de la teoría. Aquí, a menudo, la reflexión sustituye a la observación; el razonamiento especulativo sustituye al material empírico insuficiente. Por tanto, puede parecer fácilmente que no se trata de construcciones científicamente válidas, sino de especulaciones metafísicas. Por lo tanto, es fácil trazar un signo de igualdad entre lo que el propio Freud llama un punto de vista metapsicológico y un punto de vista metafísico.

La segunda objeción surge por sí misma en quien está esencialmente en contra del contenido mismo de estas ideas. Surge la sospecha de que están impregnados de la psicología del pesimismo sin esperanza, que el autor, bajo la apariencia de principio biológico, intenta introducir de contrabando la filosofía decadente del nirvana y la muerte. Declarar que el propósito de toda vida es la muerte, ¿no significa colocar dinamita bajo los mismos cimientos de la biología científica, este conocimiento sobre la vida?

Estas dos objeciones nos hacen tratar esta obra con extrema precaución, y algunos pueden incluso creer que no tiene lugar en el sistema del psicoanálisis científico, y que debemos prescindir de ella en la construcción del freudismo reflexológico. Sin embargo, no es difícil para el lector atento ver que ambas objeciones son injustas e incapaces de soportar el más ligero roce del pensamiento crítico.

El propio Freud señala la infinita complejidad y oscuridad de las cuestiones que investiga. Llama al campo de su doctrina una ecuación con dos incógnitas u oscuridades, donde ningún rayo de hipótesis ha penetrado. Sus medios científicos excluyen absolutamente cualquier acusación sobre la naturaleza metafísica de su especulación. Por cierto que es una especulación, pero científica. Es metapsicología, pero no metafísica. Aquí hay un paso más allá de los límites del conocimiento experimental, pero no hacia lo supraexperiencial y suprasensible, sino sólo hacia lo todavía insuficientemente estudiado e iluminado. No se trata de lo que permanece incognoscible, sino sólo de lo desconocido. El propio Freud dice que sólo busca resultados sobrios. Sustituiría de buen grado el lenguaje metafórico de la psicología por términos fisiológicos y químicos, si ello no supusiera el abandono de toda descripción de los fenómenos estudiados. La biología es un reino de posibilidades ilimitadas, y el propio autor está dispuesto a permitir que sus construcciones sean refutadas.

¿Significa esto que la incertidumbre del autor sobre sus propias construcciones les priva de significado y valor científico? En absoluto. El propio autor dice que tampoco está convencido de la veracidad de sus supuestos y no quiere convencer a los demás de que crean en ellos. Él mismo no sabe hasta qué punto cree en ellos. Le parece que el "momento afectivo de la persuasión" debe excluirse por completo, este es el punto. Esto revela la verdadera naturaleza y el valor científico de las ideas expresadas aquí. La ciencia no consiste únicamente en soluciones prefabricadas, respuestas encontradas, afirmaciones verdaderas,

leyes y conocimientos fiables. Incluye por igual la búsqueda de la verdad, los procesos de descubrimiento, suposiciones, experiencia y riesgos. El pensamiento científico se diferencia del religioso en que no requiere necesariamente creer en uno mismo. “Es posible entregarse a cualquier corriente de pensamiento”, dice Freud, “seguirla sólo por curiosidad científica hasta su punto final”. El propio Freud dice que “el psicoanálisis ha evitado cuidadosamente convertirse en un sistema” Y si en el camino nos esperan pensamientos vertiginosos, sólo hay que tener el valor de seguirlos sin miedo, como en los senderos de los Alpes, arriesgándose a una caída en el abismo. “Nur für schwindelfrei” - “sólo para los que no temen al vértigo”, según la bella expresión de Lev Shestov, están abiertos estos caminos alpinos de la filosofía y la ciencia.

En una situación así, cuando el propio autor está siempre dispuesto a desviarse de su camino y es el primero cuestionar la veracidad de sus pensamientos, por supuesto que hay lugar para dudas como la supuesta impregnación de este libro por la filosofía de la muerte. No hay nada de filosofía en él; todo se basa en el conocimiento exacto y en la apelación al conocimiento exacto, pero da un salto enorme y vertiginoso desde el punto extremo de los hechos firmemente establecidos de la ciencia hasta el área inexplorada más allá de lo obvio. Pero no hay que olvidar que el psicoanálisis, en general, tiene la tarea de penetrar más allá de lo visible, y en cierto sentido todo conocimiento científico consiste no en afirmar lo obvio, sino en revelar detrás de esta obviedad algo más real y más verdadero que la obviedad misma, y los descubrimientos de Galileo nos llevan tanto más allá de lo obvio como los del psicoanálisis.

Puede haber alguna confusión, ya que los términos psicológicos utilizados por el autor son algo ambiguos al aplicarlos a conceptos biológicos y químicos. La atracción o la pulsión de muerte, atribuido a toda la materia orgánica, podría parecer aquí, a primera vista, una verdadera filosofía pesimista. Pero todo esto proviene del hecho de que, hasta ahora, la psicología siempre ha tomado prestados los conceptos básicos, los principios explicativos y las hipótesis de la biología y ha extendido al mundo mental lo que se ha establecido sobre la materia orgánica más simple. Aquí, casi por primera vez, la biología toma prestado de la psicología y el pensamiento científico sigue un curso exactamente inverso: deduce del análisis de la psique humana las leyes universales de la vida orgánica. La biología toma prestado aquí a la psicología. Después de esto no es necesario añadir que términos tales como libido, deseo, etc., pierden en este caso todo su carácter original de fuerzas psíquicas y designan sólo tendencias generales de la célula orgánica, sin ninguna dependencia de la evaluación filosófica de la vida y la muerte en términos de la mente humana. Freud reduce sin más estas pulsiones a los procesos químicos y fisiológicos de la célula viva, y con ellas designa sólo la dirección en que se produce el equilibrio energético.

El valor y los méritos de cualquier hipótesis científica se miden por su practicidad, por la medida en que ayuda a avanzar sirviendo como principio explicativo de trabajo. Y, en este sentido, la mejor prueba del valor científico de esta hipótesis del *Todestrieb* original es el desarrollo posterior de los mismos pensamientos en el libro de Freud *Das Ich und das Es* [*El yo y el ello*], donde la doctrina psicológica sobre la estructura compleja de la personalidad, sobre la ambivalencia, el instinto de destrucción, etc. se pone en relación directa con los pensamientos desarrollados en este libro.

Pero la audaz hipótesis de Freud promete posibilidades aún mayores en cuanto a las conclusiones biológicas generales. Rompe total y definitivamente con cualquier teleología en el ámbito de la psique y la biología. Todo impulso está condicionado causalmente por un

estado anterior, que busca restaurar. Todo impulso tiene un carácter conservador, retrocede y no avanza. De este modo se cruza un puente (hipotético) desde la doctrina del origen y desarrollo de la vida orgánica hasta las ciencias de la materia inorgánica. Lo orgánico, por primera vez en esta hipótesis, se sitúa en el contexto general del mundo.

Freud está dispuesto a admitir que “en cada trozo de sustancia viva”, en cada célula, actúan ambos tipos de pulsiones, mezclados en dosis desiguales. Y sólo la unión de los organismos unicelulares más simples en seres vivos pluricelulares permite “neutralizar el impulso de muerte de la célula individual y ... desviar los impulsos destructivos hacia el mundo exterior”. A partir de este pensamiento se abren grandes posibilidades para la doctrina de la sustancia social de estos impulsos de muerte. El organismo social “multicelular” crea enormes e incalculables posibilidades de neutralización y sublimación de los impulsos de muerte, es decir, su transformación en impulsos creativos del individuo social.

Por todas las razones expuestas, creemos que el nuevo libro de Freud será recibido, tanto en los círculos científicos como por el público en general, con la atención y el interés a los que su inusual audacia y originalidad de pensamiento le dan derecho. Este interés no depende de la medida en que las afirmaciones hechas en el libro se justifiquen y confirmen en el curso de la investigación y la verificación crítica posteriores. El propio descubrimiento de una nueva América, una región más allá del principio del placer, es en sí mismo un mérito de Colón, aunque no consiguiera hacer un mapa geográfico preciso de la nueva tierra ni colonizarla. La búsqueda de la verdad es, al fin y al cabo, más fascinante, instructiva, fructífera y necesaria que la verdad encontrada y lista para ser encontrada.

II

Incluso antes de que se publicara la traducción al ruso del libro, se produjo un animado debate en los círculos científicos rusos sobre las cuestiones que se trataban en él.

Se argumentó que Freud se desviaba de sus posiciones originales, que entraba aquí en un camino que se alejaba del camino del materialismo moderno.

Nos parece que un acercamiento más profundo a este libro no justificaría estas sospechas. En *Jenseits des Lustprinzips*, Freud desarrolla de forma más profunda y amplia los pensamientos que desde hace tiempo estableció como base del psicoanálisis, sólo que nos presenta el laboratorio de su pensamiento. Porque en este libro, en esencia, todo se desprende lógicamente de los pensamientos ya expuestos por Freud con anterioridad y, sin embargo, qué nuevas, qué extrañas y originales nos suenan las páginas de este libro.

El autor no insiste aquí en la corrección absoluta de sus construcciones: aún no está seguro de ellas y, dando rienda suelta a sus construcciones, sólo desea extraer amplias conclusiones biológicas de los hechos de la vida psíquica que había estudiado previamente. ¿A dónde nos llevan? ¿Qué tendencias metodológicas generales se esconden bajo estas construcciones a veces incomprensibles para nosotros?

En el centro de todas las construcciones de este libro hay una tendencia: construir una biología general de la vida psíquica. Los principios psíquicos que, según el psicoanálisis, rigen todo el comportamiento humano -por ejemplo, el "principio del placer"- no satisfacen del todo a Freud: busca una ley biológica más profunda y generalmente reconocible y la encuentra en el principio general de preservación del equilibrio -la gravitación general hacia la conservación de una tensión de energía igualmente distribuida que notamos en el mundo inorgánico. La estabilidad y la regresión a lo inorgánico son las tendencias básicas de la

biología pura, cuyos ecos encontramos en las profundidades de la psique humana (“reproducción compulsiva de estados anteriores”). Sin embargo, estos extraños procesos de la vida psíquica no son cualidades especiales del “espíritu”, sino que sólo nos hablan de la existencia de leyes más amplias que abarcan tanto la actividad de la psique como los procesos biológicos más fundamentales. La psique se introduce aquí en el círculo de los fenómenos biológicos generales; refleja la misma tendencia que también desempeña su papel en el mundo inorgánico. Así pues, para nosotros el concepto de “pulsión de muerte” (*Todestrieb*) debe entenderse sólo como la constatación del eco de leyes más profundas de orden biológico, como un intento de romper con el concepto puramente psicológico de “pulsión”, para revelar en él su lado profundamente biológico.

Desde un enfoque puramente psicológico de los principios de la vida psíquica y de las pulsiones, hasta un enfoque biológico de las mismas, es el camino que sigue este libro, que profundiza en las construcciones anteriores de Freud.

Desde un enfoque puramente psicológico de los principios de la vida psíquica y de las pulsiones, hasta un enfoque biológico de las mismas, es el camino que sigue este libro, que profundiza en las construcciones anteriores de Freud.

Sin embargo, si en las capas más profundas de la vida psíquica reside el conservadurismo biológico de la tendencia a preservar un equilibrio inorgánico, ¿cómo explicar el desarrollo de la humanidad desde las formas más bajas hasta las más altas? ¿Dónde buscamos la raíz del proceso histórico que evoluciona rápidamente? Freud nos da una respuesta muy interesante y profundamente materialista a esto: Si en el hombre, en el fondo de su psique, permanecen todavía las tendencias conservadoras de la antigua biología -si en última instancia reducimos a ellas incluso el eros-, entonces las únicas fuerzas que nos sacan del estado de conservadurismo biológico, que nos obligan al progreso, a la actividad, son las fuerzas externas -diremos, las condiciones externas del entorno material en el que el individuo existe. Estas constituyen la verdadera base del progreso, son las que dan forma a la verdadera personalidad, obligándola a adaptarse a sí misma, a producir nuevas formas de vida psíquica, finalmente, son éstos los que hacen retroceder y rehacen los restos de la vieja biología conservadora. En este sentido, la psicología de Freud es esencialmente sociológica en sus tendencias, y sigue siendo tarea de otros psicólogos materialistas, en mejores circunstancias que Freud, descubrir y fundamentar plenamente la base materialista de la doctrina.

Así, la historia del psiquismo humano está constituida, según Freud, por dos tendencias: una conservadora-biológica y otra progresiva-sociológica. Es a partir de estas tendencias que se constituye toda la dialéctica del organismo, y son éstos los que conducen a una especie de desarrollo “en espiral” del hombre. Este libro es un paso adelante, más que un retroceso, en el camino hacia la construcción de un sistema monista coherente, y el dialéctico que lo lea comprenderá las enormes posibilidades de comprensión monista del mundo que se derivan de él.

No es necesario estar de acuerdo con cada una de las numerosas afirmaciones de Freud, no es necesario compartir todas sus hipótesis, sólo es importante poder descubrir una tendencia general detrás de las construcciones particulares (tal vez diferentes en valor) y poder utilizarla para el propósito de una explicación materialista del mundo.

Una cosa es cierta: la psique ha perdido por fin su especificidad mística, ha dejado al descubierto esas leyes biológicas generales que prevalecen en todo el mundo, ha sido finalmente desacreditada como portadora de alguna esencia “superior”: “Podemos corregir muchos de nuestros errores, cuando sustituimos nuestros términos psicológicos por los

fisiológicos y químicos”.

La ciencia burguesa da a luz al materialismo; estos nacimientos son a menudo difíciles y prolongados; pero sólo hay que encontrar en sus profundidades dónde madura el materialismo, para encontrar, proteger y hacer uso de esos brotes.